

LA HISPANIDAD, REALIDAD INTERNACIONAL

I

No ha mucho se conmemoraba un 12 de octubre más dentro y fuera de España, como es usual, de modo variado¹. España, los pueblos de raíz hispánica y los amigos de ellos, festejaban un hecho señero en la Historia universal, comparable a la llegada del hombre a la Luna: el descubrimiento para el Viejo Mundo del Nuevo—que probablemente tuvo visitantes anteriores, nórdicos, pero sin divulgación, después de haber recibido durante siglos gentes asiáticas—, completando la redondez de la Tierra, muy penetrada en la dirección opuesta por otro pueblo peninsular, Portugal, con sus gloriosas «descobertas». La fecha coincidió con la pregunta de un periodista español al ministro de Asuntos Exteriores, López Bravo, que entre su segundo y tercer viaje por Hispanoamérica, había estado en la ONU, sobre el orden de «prioridades» en nuestras relaciones exteriores. El ministro puntualizó que estamos en Europa, damos prioridad a Iberoamérica y mantenemos importantes relaciones con los Estados Unidos (este tercer punto no fue un acierto del periodista que enunció los supuestos de prioridad exterior). Por todo ello, y porque sin la gesta americana el papel de España ante la Historia y en el mundo serían mucho menores, nos parece útil tocar un tema eternamente actual e interesante: la Hispanidad. Que para nosotros no es, ni más ni menos, que una gran realidad internacional, en cuya consecución tuvo España parte decisiva, que le impide volverse de espaldas a las conse-

¹ En efecto, fiesta oficial española desde 1892, se llamaba desde 1908 «Fiesta de la Raza», nombre que conserva en países americanos, y desde 1958, «Fiesta de la Hispanidad». Pero—aparte el caso especial de Italia—en Estados Unidos es el «Columbus Day», que, por ejemplo, en Nueva York, celebran separadamente los italianos, los hispanos y aun los centros oficiales del país. Aparte de reemplazar a España por el «italiano» Colón, se han enfrentado al 12 de octubre el 14 de abril, «Día de las Américas», y otras fechas.

cuencias que plantea en el presente y el futuro imaginable del mundo. Pero empezemos por el concepto: la palabra Hispanidad, de difusión reciente, no fue creada por Ramiro de Maeztu ni por García Morente, que más bien le dieron categoría intelectual con alcance filosófico². Ganivet, Unamuno y Ortega la habían empleado. Y por cierto sin que se pueda decir que inspirándose en modelos exteriores: Lusitanidade e Italianità son más recientes; Francerie, Deuschtum y Britishnees son conceptos diferentes. Entre aquéllos para Maeztu era una concepción del mundo y de la vida, encarnada por un grupo humano claramente reconocible por su tendencia universalista; mientras que para García Morente era un estilo o modo de ser, simbolizado en el «caballero cristiano», del que nos describió un preciso arquetipo. La Real Academia de la Lengua, en su Diccionario, ha acogido tres acepciones de la palabra: 1) carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura hispánica; 2) conjunto y comunidad de los pueblos hispanos; 3) (ant.) hispanismo. Tras la primera acepción, que puede inicialmente soslayarse porque plantea problemas polémicos, la segunda nos sirve para nuestro propósito de reflexión, no de definición ni menos de recreación. Pero antes de seguir, recordemos que hemos tomado partido por la realidad, que justifica y sirve de base a nuestro objetivo: la existencia de la Hispanidad, con independencia de la apreciación—libre para todos—de los rasgos y las posibilidades que se la asignan. Reafirmación precisa, pues de siempre poderosas fuerzas físicas y metafísicas han estado empeñadas en fragmentar el corpus hispaniarum, y el anima hispaniorum, consiguiendo muchas veces sus propósitos, en parte consolidados. ¿Cómo no han de negar la existencia de la Hispanidad las fuerzas (servidas por epígonos hispanos) que se beneficiaron de su fragmentación y lo harían más con su desaparición? Recordemos el cuidado con que Chatham House y tantas otras instituciones «culturales» separan—para no escribir que contraponen—a España y a Portugal en sus diversos councils e instituts. Hasta en el lenguaje se acusa el intento, internacional-

² MAEZTU: *Defensa de Hispanidad* (1934). M. GARCÍA MORENTE: *Idea de la Hispanidad* (1939). Véanse también: CARLOS HAMILTON: *Comunidad de pueblos hispánicos* (1951). LIRA: *Hispanidad y mestizaje* (1952). COROMINAS: *La práctica del hispanoamericanismo* (1952). BARREDA LAOS: *Dos Américas, dos mundos* (1953). MARTÍN ARTAJO: *Hacia la Comunidad Hispánica de Naciones* (1956). CASTIELLA: *Hispanidad en El Escorial* (1963). REYES: *Cuatro discursos sobre la Hispanidad* (1934). SILVA: *Reparto de América Hispana y Panhispanismo* (1918). BARREDA: *El emancipación de la América Hispana* (1947). DÁVILA: *Nosotros los de las Américas* (1952). LATORRE: *El Panamericanismo y el porvenir de la América Hispana* (1924). BERENGUER: *El Hispano-Americanismo* (1922). Visión norteamericana: GUNTHER: *Inside South America* (1967). MANGER: *Pan American crisis* (1961). GERASSI: *El gran miedo de América Latina* (1969).

mente, con contumaz consagración en el vocabulario diplomático: aceptadas usual e inconscientemente por los interesados e infiltradas también en España, son las palabras «América Latina» y «Latino-América», que se justificarían sólo para un conjunto que contara con la inclusión de Quebec y Haití, y que debieran suponer en buena lógica el equivalente uso de las palabras «América Germánica» o «Anglosajona», refiriéndose a la angloparlante, contra lo que rechazan los que con deliberada incongruencia emplean a cada paso «América Latina». Nótese que la dualidad se da en el Viejo Mundo. Nadie dice «Africa Latina», refiriéndonos a los Estados cuidadosamente rotulados con afrofrancófonos, que, por otra parte, no son agrupables con otros de lenguas neolatinas, porque, salvo la inoportuna evocación de Guinea Ecuatorial y la muy dudosa de Somalia, sólo quedan las provincias ultramarinas de Portugal. No; antaño los holandeses y británicos; luego los franceses, alemanes e italianos, y al final los estadounidenses y sus concurrentes por la hegemonía mundial, los soviéticos, han procurado borrar, empezando por el rótulo, toda huella hispánica a su alcance en el conjunto de pueblos que reputamos integrantes de la Hispanidad. Y en el terreno de los hechos existen casos concretos en que lo han logrado totalmente, como en Florida, pese al moderno aflujo de cubanos, en las Antillas Menores, alguna vaciada de su añeja población hispana (como Jamaica) o inundada con un melting pot extrahispano (como Trinidad, al estilo de Gibraltar) y Micronesia. O casi totalmente, como en Filipinas y el Magreb. Incluso, y pese a la vecindad de la matriz mexicana, la hispanidad de los Estados que van de California a Texas es precaria³. En este aspecto, el único camino practicable parece ser transigir condicionalmente, empleando, según los casos y sin enfrentarlos, el término consagrado oficialmente de América Latina—que campea en las CEPAL, ALALC, el PLA, etc.—y el más caro de América Hispánica, completable con el de América Hispano-Portuguesa, quizá de mayor rigor histórico que el también usado concepto de América Ibérica, ya que España, sólo por una exageración lírica y con inexactitud histórica, puede suponerse continuación o equivalencia actualizada de la nunca existente Iberia; aunque la raíz de esta sustitución viene de atrás, al ser los íberos los pueblos peninsulares más cercanos a Roma y como gentes mediterrá-

³ En 1971 se ha anunciado que «quince millones» de hispanoparlantes de los Estados Unidos van a unirse en un partido que defienda sus intereses, comenzando por el de la igualdad ciudadana y la promoción social. Nos tememos que tropiecen con poderosas fuerzas que exploten su heterogeneidad (por ejemplo, los «chicanos» de Tigrina y de Chavez, y los puertorriqueños de Badillo).

neas, más adaptadas a las condiciones del medio español que los otros pueblos peninsulares, y en cabeza los celtas, indoeuropeos más difuminados en el conocimiento romano. No ha mucho (1963) que desde España el ex exiliado Antonio Espina enviaba a América un artículo en el que calificaba la Hispanidad de «truco que inventó Ramiro de Maeztu para ser ministro con los reaccionarios», añadiendo que se trataba de «garrulería y negociajos, monserga y turismo oficial», asombrosos dicterios manipulables desde fuera y que no hubieran empleado en sus días Las Casas, Antonio Pérez, ni Llorente, ni los más exaltados pesimistas de la generación del 98. Y no se trata de un ejemplo único. Por ello no puede extrañarnos que las susceptibles plumas o voces de muchos intelectuales portugueses, creyendo ver en lo hispano una amenaza para la personalidad del mundo lusitana, también rechazaran aquel concepto; de una lista inacabable, y como típico ejemplo, recordamos a Fran Paxeco⁴. En realidad, la eliminación de España como rótulo de la Península es bastante posterior a Camoens⁵. Esta distinción representa poco al lado de las plumas de compatriotas que han vinculado el valor de la palabra «España» al de un vocablo geográfico—como Prat de la Riba, que, sin embargo, soñaba «amb la Espanya Grán, del Tajo al Roine—y, por supuesto, pugnaba con quienes escribían sobre un ingrediente humano básico en la formación del núcleo español: «los baskos no son ni han sido nunca españoles...», opinión que no es precisamente la de uno de los que más han divulgado la verdad en este problema, monseñor Zacarías de Vizcarra⁶. Pero sigamos con lo que entendemos por Hispanidad, por aquella indicada vía descriptiva que conduce a más hondas apreciaciones.

⁴ *Portugal não é ibérico* (1932). Tampoco tienen desperdicio los trabajos acumulados bajo el título de *A questão ibérica* en 1917. Los portugueses prefieren por respetables motivos el empleo del vocablo peninsular: así cuando hablan de *Bloco Peninsular* creado en 1939. El rótulo no hace a la cosa; lo que confiere personalidad a Portugal es su irreversible propagación por el mundo y la conservación de su imperio.

⁵ Al comienzo de *Os Lusíadas* puede leerse que los portugueses son «uma gente fortíssima de Hespanha» y que Gama viene vestido «ão modo hispano». Véanse las clásicas *Historia de la Civilización Ibérica*, de OLIVEIRA MARTINS (1924); *La Alianza Peninsular*, de SARDINHA (1929), y los numerosos trabajos del infatigable Marqués de Quintanar. Naturalmente no faltan los sabios extrapeninsulares que, como Lautensach, justificaban la «Individualidade Geográfica de Portugal», discutida por el propio Amorim Girão. Almeida Garrett sentenció: «Hispanos somos y de ello debemos preciar-nos. Lo que no hemos sido ni seremos jamás es españoles» (voz de origen provenzal difundida en la Edad Media). Paulo Merêa dice «somos hispanos en el sentido medieval del concepto».

⁶ Sobre el primero puede leerse—la en muchos aspectos valiosa—*La nacionalitat catalana* (1934). Sobre el segundo, *Vizcaya españolísima* (1939). Útiles son las *Historias de los Nacionalismos Catalán y Vasco*, de GARCÍA VENERO.

II

En efecto, vivimos veintiocho años de que concluya el atormentado siglo XX para nuestra abrumada humanidad. No podemos ver al mundo ni a sus moradores con la misma perspectiva de nuestros mayores ni aun con la que nosotros teníamos de jóvenes. Reconocemos los impresionantes fenómenos del empequeñecimiento del mundo, percibiendo sus secuelas de interpretación de los pueblos, las ideas y las culturas; valoramos la universalización de los gustos, los problemas, la alienación de los recursos, ya mermados, y de las soluciones no fáciles y propicias a la cooperación para su búsqueda, y, en fin, nos empapa la difusión del llamado «cosmopolitismo», que va borrando rasgos tipificadores de los pueblos y coadyuva a que algunos desaparezcan sin necesidad de genocidio físico. Pero todavía subsiste la gran realidad de que los humanos, en sí y en sus agrupaciones o colectividades, siguen—tras de su inicial igualdad como hijos de Dios—variando considerablemente entre ellos. No existe ni parece fácil la fabricación del homo syntheticus universalis; no lo representan los «ciudadanos del mundo» ni aun los apátridas. Si ya no hay razas, con un sentido de pureza étnica desde los siglos XIX y XX, sino grandes grupos que incluyen o ligan a conjuntos cultural y étnicamente heterogéneos—por ejemplo, países desarrollados frente a los subdesarrollados—siguen subsistiendo las naciones; que pueden tener por base una nacionalidad de remota stirpe subsistente, o estar formadas por la fusión de troncos que conviven desde antiguo y se mezclan (Berbería, América hispana) o varias manifestaciones diferenciadas de un viejo tronco común, como creemos que es el caso de España. O varias nacionalidades estatalmente trabadas, ya lo estén igualitariamente—se citan con exactitud los casos de Suiza y Bélgica y con muchas más reservas otros muchos, como la India, la URSS y Yugoslavia—, ya acusen el evidente predominio de alguna; casos de Francia, Italia, China, Canadá, etc. Pues bien, la difusión de núcleos forjadores por implantación (con o sin mestizaje) de pueblos, cuyos rasgos hacen reconocible su origen, aunque se le hayan agregado nuevos elementos, ha dado lugar a su afamiliación, galicismo que me parece aceptable, y que indica que son determinables, utilizables y aun potenciables, lo que Martín Artajo llamó «familias de naciones» y otros «de pueblos» con frecuencia herederos de un conjunto fragmentado, cuya antigua base puede o no subsistir; en el caso de Roma no, pero en el de España sí. No añadimos

los clásicos ejemplos del Commonwealth (válido sólo para el «blanco») de la Communauté (a la que el tiempo podrá dar sustantividad cultural) y la de Soyús (que podrá agregarse cuando su molde social se nacionalice).

Examinemos el núcleo originario de la Hispanidad, que, por cierto, sigue siendo su solar histórico, pero hoy sólo es una de sus partes, la europea, y no la preponderante; realidad que sucedía antes de la fragmentación política producida por las emancipaciones del periodo 1810-25, pues a fines del siglo XVIII la América hispana superaba en extensión, en población y en recursos a la España metropolitana. Entre los españoles se discute desde cuándo puede datarse el nacimiento de la actual España. Cuestión cuyo arriesgado planteamiento—como sucesión asimilista—la hace insoluble⁷. Los romanos no inventaron la palabra «Hispania», de preciso ámbito; sólo agruparon bajo su mando tribus de variado origen, aculturándolas, con lo que prepararon su transformación en nación; se comprende que sin altruismo ni exclusión de la por violencia; exactamente lo que luego haría España en América. Por eso coincidimos con Ramón de Basterra en no derramar lágrimas por los colonizados que asimilaron una cultura superior. Todos hemos sido alguna vez colonizados, podríamos recordar a los «indigenistas» maniqueos (Cortés = el Mal; Cuautemoc = el Bien). Las tribus peninsulares ya tenían frecuentes contactos, pacíficos o no; ciertos problemas enlazados, visiones emparentadas o comunes ante sus cuestiones vitales, y hasta tuvieron prolongaciones extrapeninsulares; conocemos a los íberos en el sur de Francia, en Córcega y Cerdeña, así como las expediciones lusitanas a Africa y los colonos béticos en Mauritania y Dacia. También vinieron a Hispania extrapeninsulares, como veremos, absorbidos por el medio. Hispanos eran —y son— por buen derecho los euzkeras afincados al oeste del istmo pirenaico, estén al norte o al sur del insignificante accidente que constituye el Bidasoa, pese a que más de un milenio los divide, salvo en la Baja Navarra, de cuya hispanidad hay ecos que van de Huarte de San Juan a Rodney Gallop. Más visible es el caso de los catalanes del Rosellón—oficialmente, hispanos hasta 1659, fecha de un traspaso forzado—con el curioso apén-

⁷ Viva está la discusión entre AMÉRICO CASTRO—del que recordaremos los españoles: *cómo llegaron a serlo* (1965)—contra los varios trabajos de SÁNCHEZ ALBORNOZ, principalmente: *España: un enigma histórico* (1954). Y en otro aspecto la inacabable polémica sobre las dos Españas—ideológicas—que estudiaron MENÉNDEZ PELAYO, ORTEGA, FIGUEREIDO, CALVO y LAÍN ENTRALGO, y que siguen desarrollándose sin excesiva luz. Para la Hispanidad la imagen de dos Españas antagónicas produce mucho más daño que beneficio, porque o se rechaza a ambas o se adopta una con mengua de la otra, a la que los Terceros Poderes asimilan con la que hay en la Península.

dice de Alger, islote superviviente en Cerdeña, ya que en el resto de esta isla, como en Sicilia, se perdió lo hispano—no antes del siglo XVIII—, aunque un investigador encontraría en sus gentes soterrados rasgos hispánicos. La capacidad creadora catalana tuvo—a diferencia de la castellana y de la portuguesa— la desgracia de establecerse sobre gentes de una cultura paralela y afín, no colonizables, como los indios y afronegros. Es un decir que no se propagó fuera de la Península, mientras que las otras sí, y llevando en cabeza de las empresas castellanas a esclarecidas figuras euzkeras.

Aquellos hispani desiguales pero progresivamente romanizados siempre fueron buenos receptores y «devoradores» de las minorías llegadas. Las del norte y este de Europa (los llamados «bárbaros» y bizantinos). Como las otras afroasiáticas (no los fenicios, sino los que llamamos con comodidad «árabes» o árabe-bereberes, y los judíos «sefarditas»). Con Idacio, Orosio y San Isidoro de Sevilla empezaron a dejarnos testimonios escritos de su conciencia hispana particularizada, que, naturalmente, pasó a acentuarse en la Edad Media, por la mayor comparación (con frecuencia violenta) con otros pueblos próximos extrahispanos. Los troncos básicos, hispanos, al contacto con los aportes foráneos—como los «franci» y los morabitin—, se mezclaban con ellos en cuanto duraba el establecimiento de los llegados en su suelo, con el resultado de que esos foráneos se hispanizaban y como ingredientes aislados desaparecían. Si bien paralelamente los hispanos llegaron a oscurecer sus lenguas autóctonas hasta sólo dejar una y a ofrecer una llamativa y encontrada dualidad cultural que llegó del siglo VIII al XVII. De un lado, las expresiones neolatinas llegadas al cristianismo, con Europa como trasfondo; de otro, las arabizadas o romance-arábigas (visible en las jarchas) ligadas al islamismo, con Oriente como trasfondo. La victoria se inclinó del lado que mostró vocación europea, llevada luego allende el mar y nunca recompensada por Europa. Así, para los sefarditas, Isbania era la Península (también Sefarat) y para los hispanoárabes era Al Andalus, al par que Hispania. Desde el siglo XIII, las Españas pro europeas, cultural y políticamente varias pero latinas y cristianas, rompieron sus lazos extrapeninsulares (Aragón: Corbeil, 1258; Lyon, 1512). El máximo de hispano-romanos, inferior a los cuatro millones, más los cien mil germano-caucásicos llegados, crecieron poco en el medievo. De Africa nunca llegaron más de trescientos mil. En 1492 Castilla tenía siete millones de almas; Portugal y Aragón, uno cada una; Granada, medio, y Navarra, cien mil personas; cifras en las que influyeron los doscientos mil expulsados judíos (aunque más de cincuenta mil se

quedaron), y los trescientos mil expulsados moriscos (con difícil cómputo de los quedados). No tenían urbes superiores a las cien mil almas; el 83 por 100 de aquellos españoles era rústico; el 12, artesano, y el tres, preburgués o noble; un dos y medio tenía el 95 por 100 del suelo y un cinco por ciento leía y escribía. Eran caracteres normales en Europa en la época con la que se emprendió la empresa americana, con lo que se desmiente la acusación de que España era un país incapacitado para tan magna gesta, mejorable si la hubieran asumido otros. Los censos españoles acusan el desgaste que produjo la gesta: ocho millones doscientos seis mil setecientos noventa y un peninsulares en 1594, nueve millones ciento sesenta mil españoles en 1768 y diez millones quinientos cuarenta y un mil cuatrocientos veintidós en la época de la emancipación americana. Esta incluyó a unos dieciséis millones (indios, 36 por 100; mestizos, 27 por 100; criollos, 19 por 100; negros, 18 por 100)⁸. La España europea, tras el terrible trauma (nunca indemnizado) de la invasión francesa y de la dolorosa separación de América, subió en el siglo XIX hasta dieciocho millones; con dos y medio de jornaleros rurales, doscientos sesenta mil sirvientes y obreros, sesenta y cinco mil artesanos y doscientos sesenta y dos mil «pobres»: había millón y medio de propietarios desde la desamortización, cien mil profesionales y empleados, setenta y un mil comerciantes, sesenta y cinco mil artesanos y cincuenta y dos mil religiosos, trece mil fabricantes y siete mil funcionarios: tres cuartas partes del total eran iletrados, dotados de sufragio universal en 1870 y 1890. Las urbes crecían hasta llegar al 30 por 100 del censo al fin de siglo (ahora casi el 60 por 100); pero la emigración al mundo hispánico, que en el período de unión política no superó las cuatrocientas mil personas, registró más de dos millones antes de la primera guerra mundial, y mantiene a esos dos millones, largos, con la mitad en Argentina, y sin otros muchos nacionalizados, sobre todo en Méjico.

Desde 1492 a 1713 la España matriz formó una constelación de reinos enlazados dinásticamente, con leyes paternalistas dictadas para las Indias y recopiladas en 1680; su política de asimilación a base de «buenas intenciones» y desiguales realizaciones, fue comparativamente superior a las de las otras metrópolis. Desde la batalla de Toro acusa el alejamiento de Portugal, endurecido desde 1640. Es la España a la vez que descubre, puebla y civi-

⁸ Desde CANGA-ARGÜELLES a HUMBOLDT se ha calculado de cerca el montante de los «tesoros americanos» traídos (4,500 millones de pesos, 1493-1801). El parangón con lo llevado (sangre, cultura, productos) resulta favorable para las Indias, cuyo oro desquició la economía española, por lo que pasó sin gran beneficio cuando llegaba.

liza, combate contra el protestantismo, del que salva a media Europa, y los turcos, y se agota, lo que explica cierto fallo en América. Desde 1713, bajo moldes de centralismo importado, prosigue su tarea en América, pero con tal intensidad reformadora y de fomento, que las independencias (variadas, tumultuarias, fragmentadas, a veces impuestas y en algunos casos pacíficas)⁹ fue una guerra civil que condujo a una emancipación sin descolonización, puesto que si se trastocó la jerarquía política ligada a la metrópoli subsistieron las condiciones sociales y políticas, cuya prolongación después de la tumultuarias, fragmentadas, a veces impuestas y en algunos casos pacíficas)⁹, Fuera de la Península, sin Portugal ni Gibraltar, quedaron a España desde 1826 restos de una presencia ultramarina poco feliz (Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Micronesia), que se liquidó violentamente y sin plenas emancipaciones entre 1898 y 1900. Luego sólo Baleares y Canarias y una presencia en Africa, en vía de apresurada liquidación desde 1956 (salvo las urbes humanamente hispanas de Ceuta y Melilla). La España europea vivió pletórica de revoluciones y otros ruidosos cambios políticos, incluidas las intervenciones exteriores, tras los cuales y pese a su retraso en la revolución industrial y a su desinterés en la «gran política» como el reparto de Afrasia, evolucionó social y económicamente a través de un período de «vuelta política de espaldas» hacia la otra hispanidad, que paralelamente atravesaba una «Edad Media heroica y bárbara» de desgarramientos internos y externos, injerencias exteriores y estancamiento —con excepciones como Chile— muy poco felices. Entre las dos partes, los reconocimientos diplomáticos iniciados en 1836 fueron lentos, pero no registraron tampoco nuevos choques, a salvo episodios aislados y sin consecuencias. Se cita la reincorporación fugaz de Santo Domingo, obra de Santana, la «guerra» del Pacífico —locos encuentros sin sentido ni fin— la expedición, pronto abandonada, de Prim a México, y el peor caso, la insurrección antillana, que acabó en el desastre de

⁹ Tumultuarias: proliferación, como en España, de Juntas y Caudillos. Fragmentadas: rupturas del Río de la Plata y Centroamérica. Impuesta: en países enteros «liberados» desde afuera —como Perú— o en rincones (Pasto, Coro, Guajira, Nuevo México, Chiloé). Pacíficas: el último Capitán General de Guatemala presidió la primera Junta de Centroamérica. Paccionado fue el Tratado de Córdova. Paraguay se levantó contra Argentina, como luego Panamá contra Colombia. Uruguay contra Brasil.

¹⁰ En el siglo XVIII los criollos y mestizos —fuertes económicamente, pero subordinados en el mando—, tenían por escasas las reformas de la Ilustración. Vieron cómo se emancipaba Estados Unidos y se perdía la flota en Trafalgar y cómo ellos eran los que recuperaban el Plata. Deshecho el Estado metropolitano por la invasión (benedicida desde el Trono en Bayona), no pudieron aguardar más (aparte excitaciones ajenas). La emancipación, forzosa, se produjo en mala forma. Pero queda tan lejana que no puede culparse hoy a España de los males americanos del día.

1898. Hispanoamérica quedó durante ese siglo de revueltas anarquizantes a la vez que desorientada, privada de los medios y condiciones para un progreso normal, con excepciones. Y a merced de otras influencias, políticas, culturales, comerciales e incluso violentas, como las norteamericanas contra Méjico, Colombia y las Repúblicas intervenidas en el Caribe. Fue milagroso que no se deshispanizara más. Y fue irremediable que se balcanizara como germen de futuras convulsiones y contracciones, a diferencia de lo que aconteció al Brasil. Por eso España ha de ver con buenos ojos las reagrupaciones vecinales hispanoamericanas¹¹. Si Brasil y Portugal se entienden es porque son dos y no veinte, como los Estados que llamamos de la hispanidad.

III

Veamos algunos rasgos de la Hispanidad escindida. La europea supone 535.750 kilómetros cuadrados, con 34 millones de habitantes, emplazada en un cruce de continentes, con un estrecho marítimo vital, demasiado importante para un país con suelo seco y rugoso, sin ciertas materias vitales y con creciente natalidad, sangrada por la emigración, que ya es europea y «golondrina»; población que se aglomera en las urbes, y que cada vez trabaja más (40 por 100 de población activa), inclinándose a la industria y los servicios (36 y 34 por 100). Maniobrada por un empresarismo semi o subcapitalista, algo anárquico, pero bajo el paulatino influjo del Estado; cuya renta per capita es creciente, pero aún no la propia de los países desarrollados. Padece fisco tosco, pesada burocracia centralizada y crónico déficit comercial, saldado con aportaciones turísticas y remesas de emigrantes. Está liquidando a sus setecientos mil analfabetos. El cambio en la mente de la generación que está relevando a la que hizo la guerra de 1936-39 es visible, y ya empieza a apuntar el de otra generación. Rasgos que con variaciones notables, pero con coincidencia de efectos, se dan en muchos países de la otra Hispanidad, mientras que en Europa sólo se ven algunos Estados de la mediterránea. Es una España por dentro inquieta y por fuera quieta (ausente de las dos grandes guerras del siglo XX).

La Hispanidad americana incluye dieciocho Repúblicas de habla castellana; el aún Estado Libre Asociado de Puerto Rico (que tratan de convertir en el 51 Estado de la Unión poderosas y calificables fuerzas, lo que perjudi-

¹¹ BADÍA: *El factor geográfico en la política sudamericana* (1947). V. «Cauces y caracteres de la Independencia Hispanoamericana», en la obra colectiva del Congreso de Historia Hispano-Americano (1953).

caría a la Hispanidad); las partes desgajadas del México anterior a 1848; y como lusoparlante al enorme Brasil: Esa Hispanidad ha tenido bajas: Florida (1819) y sudoeste norteamericano (1848-53), Jamaica (1670), Haití (1695), Belice (1859), Trinidad (1802), Esequivía (1899) y Malvinas (1833). Algún alta, como las recuperaciones de Santo Domingo (1844) y Uruguay (1828). Tocqueville no alineó a los hispanos al lado de los anglos y los rusos en el futuro del mundo, pero Reclus sí, y a fines del siglo esta masa, sin Filipinas ni el ultramar portugués, habrá rebasado los seiscientos veinticinco millones (2,9 por 100 de aumento anual). Mundo que es rico en potencial desarrollable más que en el ya desarrollado; con recursos en gran parte poco diversificados y externamente enfeudados no por dominio directo, sino por negociación externa. Su gran sello es recubrir el mosaico que Vasconcelos llamó en 1925 «la raza cósmica». Se ha dicho que el descubrimiento fue un golpe de suerte para España. Lo único que nadie puede negar es que fueron los españoles los que entraron en contacto con 32 grandes grupos étnicos, que, según Solórzano, iban desde los forjadores de Estados como el azteca y el inca, a los que formaban pequeños grupos tribales o simples bandas errantes: once millones según Molenber, trece según Rosenblatt. Y se mezclaron rápidamente con ellos: el «lascasismo» sólo fue realidad, por causas complejas, en las Antillas, como luego en Tasmania¹². Y pronto se añadió otro ingrediente: el negro traído de Africa. En Filipinas fue el chino.

¹² México: 1.972.547 kilómetros cuadrados; 50.000.000 de habitantes, 55 por 100 de mestizos, 29 de indios, 15 de criollos. Costa Rica: 50.900 kilómetros cuadrados; con 1.650.000 de habitantes, 94 por 100 de criollos. Cuba: 114.524 kilómetros cuadrados; con 9.000.000 de habitantes, 70 por 100 de criollos, 17 de mulatos, 12 de negros. Dominicana: 484.260 kilómetros cuadrados; con 4.100.000 habitantes, 60 por 100 de mulatos, 28 de criollos, 11 de negros. Guatemala: 108.889 kilómetros cuadrados, con 5.000.000 de habitantes, 43 por 100 de indios, 32 de mestizos, 25 de criollos. Honduras: 112.088 kilómetros cuadrados; con 2.500.000 habitantes, 69 por 100 de mestizos, 19 de indios, 7 de negros y zambos, 3 de criollos. Salvador: 21.393 kilómetros cuadrados; con 3.300.000 habitantes, 70 por 100 de mestizos, 20 de indios, 10 de criollos. Nicaragua: 148.023 kilómetros cuadrados; con 1.900.000 habitantes, 71 por 100 de mestizos, 14 de blancos, 8 de negros, 4 de indios. Panamá: 75.650 kilómetros cuadrados; con 1.375.000, 52 por 100 de mestizos, 15 de blancos, 12 de negros, 10 de indios. Colombia: 1.138.914 kilómetros cuadrados; con 21.000.000 de habitantes, 47 por 100 de mestizos, 20 de criollos, 6 de negros, 2 de indios. Venezuela: 912.050 kilómetros cuadrados; con 10.000.000 de habitantes, 50 por 100 de mulatos y mestizos, 30 de criollos, 9 de negros. Ecuador: 263.777 kilómetros cuadrados; con 6.000.000 de habitantes, 41 por 100 de mestizos, 39 de indios, 10 de criollos, 5 de negros o mulatos. Perú: 1.283.216 kilómetros cuadrados; con 14.000.000 de habitantes, 49 por 100 de indios, 33 de mestizos, 12 de criollos, 4 de negros. Bolivia: 1.098.581 kilómetros cuadrados; con 4.800.000 habitantes, 52 por 100 de indios, 28 de mestizos, 20 de blancos. Chile: 756.945 kilómetros cuadrados; con 10.000.000 de habitantes, 64 por 100 de criollos, 3 de indios. Argentina: 2.779.741 kilómetros cuadrados; con 24.000.000 de habitantes, sólo quedan 25.000 indios, pero el 20 por 100 es de

Una sincera visión resumida de la América hispana permite distinguir la América blanca (El Plata, Chile, Costa Rica), la india (Bolivia, Guatemala), la mulata (Dominicana y Panamá) y la más común, mestiza. Nótese que Méjico es indohispano; Argentina, latina, y Brasil, lusomulato. Filipinas tiende a ser asiática, y lo peor es que bajo un molde anglosajón. Guinea Ecuatorial, si subsiste, será africana. La política demográfica ha variado mucho. Argentina, Uruguay, Brasil y Venezuela abrieron sus puertas a todo el variado mundo humano. En otros países el aflujo español dominó. De todos modos, se produjo un vacío de España, llenado por otros: surgieron invisibles metrópolis que disimularon su presencia con la apología de lo propio y la detracción de lo español: la «Leyenda Negra» echó sólidas raíces¹³. Consecuencia directa y comprobada: La Hispanidad americana vaciló desde su emancipación política bajo varias y poderosas presiones antiespañolas: así el latinismo (Bilbao, Echevarría), el cosmopolitismo (Lastarria), el sajonismo (Sarmiento) y el indigenismo, que es la doctrina oficial del Méjico actual: de base errónea porque no pugna con el hispanismo. A todas las barrió el panamericanismo montado por Estados Unidos en 1889 a través de una organización aún omnipotente; pero más débil hoy que en 1947, y entonces que en 1910¹⁴. Y a la que tras la crisis en las relaciones entre las

origen italiano y hay otros aportes europeos. Uruguay: 177.508 kilómetros cuadrados; con 3.000.000 de habitantes, como en Argentina, y sin indios. Paraguay: 406.752 kilómetros cuadrados; con 2.000.000 de habitantes, 65 por 100 de indios, 30 de indios. Brasil, que, como Chile, ha crecido desde la independencia: 8.511.965 kilómetros cuadrados; con 90.000.000 de habitantes, muy mezclados. Filipinas: 300.000 kilómetros cuadrados; con 35.000.000 de habitantes. (Guam: 549 kilómetros cuadrados; con 100.000 habitantes). Guinea Ecuatorial: 28.051 kilómetros cuadrados; con 250.000 habitantes. Puerto Rico: 8.897 kilómetros cuadrados; con 3.000.000 de habitantes y otro emigrado. Omíto Micronesia y Sahara. No me atrevo a consignar porcentajes de distribución por actividades económicas, por grados de instrucción y por renta *per cápita*, para no incluir cifras que confundirían.

¹³ JUDERÍAS: *La Leyenda Negra* (1918). CARBIA: *Historia de la Leyenda Negra Hispano Americana* (1947).

¹⁴ Las sucesivas Cartas o Estatutos de la Unión Panamericana (18 de febrero de 1928, reemplazando a la de 14 de abril de 1890) marcaron la hegemonía estadounidense, atenuada en la Carta de Bogotá (30 de abril de 1948: adopta la denominación OEA), y más en las reformas de 27 de febrero de 1967. Un instrumento de acción estadounidense —la Alianza para el Progreso— ha quebrado. Con todo el volumen de los intereses creados que encarnan los organismos interamericanos en marcha, no admite, por hoy, competencia rival. Militarmente la vincula a Estados Unidos el Tratado de Petrópolis (septiembre 1947).

Las organizaciones regionales americanas son: a) la Asociación Latino Americana de Libre Comercio (ALALC, Montevideo, 18 de febrero de 1960-Caracas, 13 de diciembre de 1969), que arrastra propósitos iniciales de difícil realización; b) la Unión Económica Gran Colombiana (Quito, 9 de agosto de 1968), que tras la baja de Venezuela se limita a cometidos muy concretos, como la flota mercante; c) la centroamericana,

dos Américas le han surgido grupos concurrentes, como la ALALC, la ADECA, el Grupo Andino y antes el Gran Colombiano¹⁵. Hasta la ONU ha hecho allá acto de limitada presencia con la CEPAL. Es el influjo sajón (ahora concurrido por el comunista, ya consagrado en Cuba) el que más se cruza en el camino de cualquier ensayo hispánico y quien más ataca a las raíces hispanas, cultivando no sólo el recelo frente a España, sino los recelos vecinales, propios de «Banana Republics», pero no de los Estados modernos, como son ya los hispanoamericanos. En realidad el binomio Estados Unidos-América hispana es aplicable a lo que Gandhi dijo a los ingleses: «Nos han traído el principio de la división del trabajo: ustedes mandan y nosotros trabajamos.» Y desde 1971, sin la pomposa «ayuda exterior», ya fracasada en la llamada «Alianza para el Progreso», de dirección estadounidense. No, el interhispanismo puede ser «corto» para las necesidades hispanoamericanas, pero sus substitutivos externos son «largos» y peligrosos.

IV

Señalemos los lazos aprovechables de la Hispanidad y sus dificultades, ya que no se trata de ninguna fantasía lírica, sino de una realidad potencial. No a base de esfuerzos individuales, privados y discontinuos, sino de una labor planificada, continua y en la que participen el Estado y los particulares. El primero, sin duda, la lengua. La preservación del castellano —con dolorosas excepciones como Filipinas, Florida, etc.— es un milagro al que atacan, no las tentativas de creación de lenguas nacionales, que conducirían a la multiplicidad de ellas en varios Estados, con aislamiento de todos, como se ha visto en el caso del lunfardo. Tampoco la habilitación imposible de las lenguas indígenas (aunque el guaraní sea colengua en Paraguay, y el pilipino, en realidad tagalog, en Filipinas), sino la corrosión desde dentro del castellano, propulsada por poderes reconocibles. Está defendido por las Academias y por los intelectuales de los países afectados, in-

que es doble: política (Panamá, 12 de diciembre de 1962) y económica (Managua, 13 de diciembre de 1960), y ha sobrevivido con éxito a guerras entre sus miembros; d) el Grupo Andino (27 de mayo de 1969), aún incipiente. España ha sido invitada a asociarse a la ALALC y al Grupo Andino. Cuba ha intentado enfrentarlas a la Organización Latino Americana de Solidaridad (Habana, 15 de julio de 1967). España tiene un acuerdo de cooperación con la OEA (25 de mayo de 1967). Filipinas pertenece a la OTASE y a la ASE, Guinea a la OUA.

¹⁵ FERNÁNDEZ SHAW: *La Organización de los Estados Americanos* (1963).

cluso los que no simpatizan con España. Las «reformas» unilaterales —como la de Bello— desaparecieron. No viviendo en tiempos de aislamiento, como los de la fragmentación del bajo latín, un moderado optimismo es razonable, sin incluir a los sefarditas, a Filipinas, ni a Guinea: en el mismo Magreb el castellano retrocede de prisa. Sólo que el castellano del futuro será cada vez más americano y menos europeo. España sólo es el segundo país hispanoparlante: el primero es México, que habla mejor. Valiosos intermediarios serán siempre los emigrados, con un mínimo de formación cultural¹⁶. Las viejas giras de cómicos e intelectuales parecen llamadas a ser sucedidas por la presencia regular de grupos técnicos y culturales.

En segundo lugar la fe, o si se quiere, dado el laicismo de varias Repúblicas, la espiritualidad y la visión de la vida. Su riesgo está en el relevo de generaciones sometidas a influencias, parecidas pero no paralelas, en ambos hemisferios. La afluencia de misioneros españoles (unos 14.000) resulta tan preciada como la de libros y maestros, y no siempre es fácil. El reemplazo de nuestros misioneros por otros (incluso de la misma fe) acusa el impacto de la cultura de origen. Y no digamos si se trata de otras. En tercer lugar, las estructuras sociales. Atendiendo a las fachadas políticas, España difiere profundamente de los moldes americanos, en gran parte inspirados en el estadounidense o en otros modelos, de infeliz importación. La realidad revela prácticas, fuerzas y tormentas políticas, parecidas a uno y otro lado del Atlántico, que recuerdan aquella queja de Sarmiento sobre la fidelidad de la obra española a su matriz. En último lugar, la coincidencia genérica de intereses que son los de todos los pueblos que buscan el desarrollo, clave de emancipación exterior y estabilidad interior. Los impulsos revolucionarios que hasta 1945 y con excepciones —como México— eran golpes de oligarcas con respaldo pretoriano y coro popular pronto defraudado, ante la falta de subsiguientes mejoras estructurales, son ahora movimientos sociales avanzados, que buscan la revolución estructural. América, incluido el que fue pacífico Uruguay, tiembla ya desde el poder (Chile), ya desde la oposición, sea agitadora o guerrillera, acentuando la transitoriedad de las contenciones; incluso cruje sordamente durante decenios el estabilizado México del PRI. Y el comunismo

¹⁶ ROSENBLATT: *Nuestra lengua en los dos mundos* (1971). Una advertencia en CAPDEVILA: *Defendamos nuestra hermosa lengua* (1947). La indiferencia de España hacia la pérdida de la cultura hispánica en Filipinas y Africa nos acreditan como el pueblo que pasó de «hasta el último hombre y hasta la última peseta» a la «doble llave al Sepulcro del Cid».

acecha. Cuba ya es un satélite. Se busca allá lo que en el resto del Tercer Mundo: menos analfabetismo y menos plagas; más alimentación, mejor vivienda y mayor y variado empleo; más proporcionada distribución de beneficios, con mayor control de los productos básicos, antes manipulados desde fuera. Menos literatura política y más reformas efectivas. En suma: independencia económico-social. Y como esto no puede acaecer súbita o milagrosamente, ni a veces bastan los recursos combinados de los interesados, estallan violencias y se tantean patrones aparentemente menos onerosos; mientras las fuerzas nuevas (a las que desde España es preciso estudiar objetivamente, sin prejuicios que coinciden con los del capitalismo anglosajón) y que suelen ser partidos, sindicatos e intelectuales, a veces con destacables apoyos en la oficialidad y el clero, reemplazan la acción más bien espectacular de los viejos elementos caciquiles¹⁷. De ahí la conveniencia de no acentuar innecesariamente las diferencias de forma en las estructuras políticas, sobre las que respecto de España tanto daño hizo la propaganda de los exiliados, ya atenuada por la impresión que los estudiantes y otros residentes o visitantes han podido percibir. Ni en las estructuras económico-sociales, que acusan —tras de una vistosa diferenciación de fachada— el universal drama de las sociedades que buscan el desarrollo como el pez el agua. El ancho mar no impide la similitud de problemas y situaciones, lo que facilita el discreto auge del comercio recíproco, durante más de un siglo simbólico. En el actual, desde casi cero, ha pasado a 340.000.000 de dólares importados, contra 239.000.000 de dólares exportados; como se ve con déficit y con modestia (9,53 y 14,91 por 100 del total del comercio exterior español vinculado a Europa y a los Estados Unidos). Por eso los acuerdos de cooperación técnica —ya hay una docena—, el envío de misiones profesionales, la presencia de estudiosos, los créditos —que por modestos que sean constituyen un lazo que deja huella—, las facilidades comerciales que los completan, y el fortalecimiento de las líneas de comunicación, son peldaños positivos en la ascensión hacia una Hispanidad efectiva. No añadimos metas deseables, pero por ahora inalcanzables: divisa y flota común o combinadas, «cláusula hispánica» comercial, Colegio de Estados Mayores, etc.

Los factores negativos —o dificultades— de la Hispanidad arrancan de un doble mal arraigado: a) la fuerza del precedente desconocimiento con

¹⁷ LAMBERT: *Amérique Latine* (1962). FRAGA: *Sociedad, política y gobierno en Hispanoamérica* (1962). SÁNCHEZ-BARBA: *Las tensiones hispanoamericanas en el siglo XX* (1968). DONGHI: *Storia della America Latina* (1969). CIRIA: *Notas sobre la revolución latinoamericana* (1967). ARÉVALO: *The shark and the sardines* (1954).

la larga vuelta de espaldas, rellenos por los intereses creados por terceros; b) la insuficiencia de los recursos de los países hispanos para—incluso conjuntamente— remediar «de golpe» los problemas urgentes. Esa enumeración da respuesta tranquilizadora. El pasado puede prudentemente irse mejorando: los cambios mundiales lo exigen y permiten, sin enterrar el recurso a terceros instrumentos que pueden ser agencias internacionales o países ricos y adelantados, pero lejanos e incluso no amenazadores o mal acostumbrados. La Hispanidad no va a ser panacea milagrosa, pero sí útil¹⁸.

V

Hay que «construir» oficialmente algo más que esa Hispanidad real pero difusa e inorgánica que llamó Velázquez en la ONU «Commonwealth invisible de la sangre y del espíritu». Problema sobre cuya posibilidad puede darse respuesta positiva, a condición de operar con gran modestia y continua prudencia, sin rivalizar con el sistema interamericano o con los sistemas regionales operantes. Y evitando lo que pudiera dar la sensación de unilateralidad egoísta o altanería española: argumento de la propaganda antiespañola. Añadiendo el presupuesto de mejor información en España sobre el otro mundo hispánico y sus partes.

Señalemos algunos puntos de la articulación de esta Hispanidad, que no es un ideal excluyente de otros, como la europeidad (aunque en Europa siempre estaremos «más atrás» que en Hispanoamérica). Tampoco se trata de un «fenómeno espontáneo», además de «instantáneo», sino digno del cuidado, y no del escepticismo. Existen ya estimables lazos institucionalizados o consagrados jurídicamente, aunque dispersos. Tales son los tratados de doble nacionalidad¹⁹, de Seguridad Social, de Asistencia y Cooperación Técnica, de reciprocidad o convalidación profesional, etc. No se parte, pues, de la nada. A su vez operan instituciones como la Comisión Permanente de Academias de la Lengua (Convenio 11 julio 1963). Las Oficinas u Organizaciones de Educación Iberoamericana, de Seguridad Social, de la Historia, de Municipios, de Cooperación Económica y el ILHADI, con su Es-

¹⁸ Sin ir más lejos, el ABC salvó en 1915 a México de Estados Unidos. Los protocolos hispano-argentinos (bajo Perón y Frondizi) salvaron graves aprietos españoles.

¹⁹ Anotamos: Chile (24-5-58), Perú (16-5-59), Paraguay (28-6-59), Nicaragua (25-7-61), Guatemala (28-7-61), Bolivia (12-10-61), Ecuador (4-3-64), Costa Rica (8-6-64), Honduras (15-6-66), Dominicana (5-3-66), Argentina (14-4-69).

cuela de Funcionarios. A veces una modesta acción española produce en el país hermano que la recibe más impacto, que otra mucho mayor de tercera procedencia. Mantenerlas, coordinarlas, potenciarlas y extenderlas es fundamental. Y apagar el estrago de cualquier choque o ruptura, aprovechando el menor resquicio o mediación para enfriar y, si se puede, extinguir los existentes. Recordamos con pena el absurdo rompimiento de México con España²⁰. Hay que defender—mediante coincidencias o paralelismos diplomáticos, se comprende que preparados— dentro y fuera de la ONU, de la OEA y de cualquier organismo, los intereses comunes o amenazados. España tiene que cuidar de que las divergencias de la CEE con la ALALC no erijan una barrera entre ella y América. Si la CEE es una realidad, no deja de serlo precaria y onerosamente. Es deseable cuidar—en todas las ocasiones posibles— de la presencia con «observadores» que pueda dar lugar a la participación de España, en los organismos puramente americanos, absteniéndonos en sus problemas localizados. Ello nos aproximaría con dañoso retraso ya consumado a los viejos planes de Aranda, Godoy, Miranda, Moreno, Monteagudo, Rivadavia, Cea, Ceballos y tantos campeones del ideal anfictiónico bolivariano, que ha tenido una desconocida lista de tentativas llegadas incluso al reinado de Don Alfonso XIII, con tres fases claramente distinguibles, de las que estamos en la tercera²¹.

Creemos, para concluir, que la Hispanidad no es un sueño romántico o que sea caprichosamente sustituible. España, según el punto tercero de los Puntos Fundamentales de 17 de mayo de 1958, es por esencia interhispanica. En este aspecto dispone de una tradición servida por un instrumento ad hoc como son los Institutos de Cultura Hispánica, cuya matriz madrileña supera felizmente el desgraciado ensayo de «Consejo de la Hispanidad» y la obra—heroica pero insuficiente—de los antiguos consulados. Creemos que cualquier 12 de octubre se podría, previos los necesarios tanteos, sugerir una

²⁰ En el siglo XIX España actuó de árbitro en la solución de diferencias territoriales. No fueron intervenciones felices, sino discutidas por los descontentos (ejemplo, el fallo de Alfonso XIII sobre la Mosquitia ha tenido que ser revalidado por el Tribunal de La Haya en nuestros días).

²¹ V. VAN ACKER: *Pan Hispanism* (1967). I) Bajo los Borbones se planeó la creación de reinos americanos vinculados dinásticamente a España. II) Bolívar, antes y después del Congreso de Panamá (1826), pensó en una Antictonia confederativa hispanoamericana. III) Los sucesivos Congresos, de tono más reducido (aunque en 1864 se acordara una alianza general), no produjeron resultados. Pero en 1889 la Conferencia de Washington substituyó al hispano o latinoamericanismo por el panamericanismo, y, por supuesto, excluye a España, agredida nueve años después. La adoración del Tío Sam por algunos españoles deja perplejos a los hispanoamericanos, mejor conocedores de aquél que nosotros, aunque ya vayamos enterándonos.

Declaración conjunta suscrita en todas o la mayoría de las capitales hispánicas, o al menos varias Declaraciones coincidentes; breves y sencillas pero sustanciosas, reafirmando los principios de mutuo respeto, hermandad, cooperación y asistencia, exaltación de valores propios, aproximación coordinadora y legal de servicios, recursos y personas, abolición de barreras y conservación de los lazos existentes, con aspiración a perfeccionarlos y ampliarlos. No es quimérico que pudiera esta iniciativa obtener sin grandes recelos las adhesiones precisas para el empleo de la expresión «Comunidad de Naciones Interhispánicas», dotada al empezar tan sólo de un modesto Secretariado coordinador en cada una de las Cancillerías firmantes, y de Conferencias, flexibles y no vinculantes, que se celebraran en 12 de octubre o en cualquier otra fecha apropiada, rotando entre las capitales afectadas. No importa que durante un lapso de tiempo no cifrable fuera una organización más en el recargado muestrario internacional, con limitadas realizaciones. Lo primero sería nacer y subsistir. Lo demás podría venir luego —y no con beneplácitos de tercer origen— por añadidura.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

